

idiomas que éstos hablaban para instruirles, no puede menos el hombre observador, amante de la verdad y de la justicia, que confesar que entre los misioneros ingleses y españoles que pasaron á la América, el paralelo es altamente favorable á los segundos.

Los indios sentían un profundo cariño hácia aquellos dignos apóstoles del Evangelio que, descalzos, con un viejo hábito y sin aspirar á otro premio que al aprecio del Salvador, iban á vivir entre ellos, huyendo de los goces y del bullicio de la sociedad de las grandes ciudades, consagrándose á la enseñanza de la niñez, á recoger y curar en los hospitales á los pobres enfermos, y á defenderles de todo acto injusto que se tratase de hacerles. Aquellos religiosos eran sus maestros, sus amigos y sus defensores. La ejemplar vida que hacían no era menos elocuente que sus palabras para inclinarles á abrazar el cristianismo, y la fama de sus virtudes, extendiéndose bien pronto por las diversas provincias, despertaba en los pueblos el deseo de aprender su doctrina.

Los misioneros quemaron los jeroglíficos indios, juzgando que representaban figuras de los ritos sangrientos aztecas. Numerosos eran los indios convertidos al catolicismo en las diversas provincias donde los misioneros predicaban la doctrina del Salvador; pero en medio de la dicha que manifestaban en haber abrazado la benéfica doctrina del Crucificado, muchos, conservando cierta veneración á sus antiguos ídolos y queriendo amalgamar las humanitarias máximas del cristianismo con las sangrientas de Huitzilopochtli, asistían con afán á las ceremonias de la Iglesia católica, manifestando en público su amor al Dios de los cristianos, y vertiendo en lo privado la san-

gre de víctimas humanas en los altares de sus funestas divinidades. Los misioneros, viendo que para desarraigar del todo el culto de los sanguinarios dioses del paganismo, era preciso hacer desaparecer de la vista de los indios todo lo que pudiera alimentar la idea de su antiguo culto, determinaron destruir los teocallis en que los habían adorado, y con éstos los grandes pliegos hechos de hojas de maguey, formando libros, que en pinturas jeroglíficas contenían los ritos gentílicos, la mitología y los signos supersticiosos de su horrible religión. Por desgracia, mezclados entre esos libros que trataban de la funesta religión que era preciso extinguir por bien de la humanidad, había otros históricos; y los misioneros, ignorando lo segundo, pues solo veían figuras extrañas, los arrojaron juntos á una hoguera, quemando así á la vez el pintado ídolo ante quien se habían presentado palpitantes corazones de inocentes víctimas sacrificadas á las sangrientas divinidades, y el interesante manuscrito en que se referían los principales acontecimientos de las naciones de Anáhuac, y la historia de la inmigración de los primeros habitantes de la América, del Norte del Asia.

Los misioneros se apresuran á reparar el mal causado á la historia, y lo consiguen. Cuando mas tarde, como tengo referido en otra parte de esta obra (1), los misioneros tuvieron noticia de que habían quemado manuscritos preciosos al lado de los verdaderamente nocivos, se entregaron con asiduidad á reparar el mal que involuntariamente habían causado á la historia, recogiendo todos los manuscritos que se habían salvado,

(1) Tomo IV, pág. 388.

apuntando las noticias y tradiciones que los personajes indios mas instruidos y versados en las letras del país les daban, y no perdonando medio ninguno que pudiese ilustrar los hechos relativos á la raza indígena. A los esfuerzos y trabajos literarios que con infatigable empeño emprendieron, se debe el que tengamos los conocimientos de la legislacion, usos, costumbres y religion de los antiguos habitantes de la América. Pudiera decirse que el mal que involuntariamente causaron, quedó reparado con usura, toda vez que sin los escritos que nos dejaron, no podrian comprenderse los jeroglíficos que llegaron á conservarse. No hay un solo historiador de los que se han ocupado en dar á conocer todo lo relativo á los antiguos habitantes de Anáhuac, que no se haya servido de lo que ellos escribieron; y sin embargo, pocos son los que no les echan en cara un mal que se apresuraron á reparar en cuanto lo conocieron, y que remediaron por completo.

Es sensible que entre los escritores que, desatendiendo á la eficacia desplegada por los misioneros en salvar su involuntario error, solo se han ocupado en censurar acremente la falta cometida, se encuentre el apreciable historiador Robertson. Poco dispuesto, por profesar contrarias ideas religiosas, á conceder á los misioneros católicos ciencia y saber, aunque les reconoce acrisolada virtud y ferviente celo apostólico, no encuentra para ellos, en el hecho referido, mas que inculpaciones, y para el filantrópico obispo Zumárraga, injustos y ofensivos epítetos. Queriendo hacer perder hasta la esperanza de poder tener noticias medio exactas siquiera de la historia, de

Errores del Sr. Robertson respecto de los escritores españoles y de las pinturas mejicanas.

las costumbres y de las instituciones de los antiguos aztecas, se esfuerza en presentarles como ignorantes, y exagera la pérdida de los monumentos históricos por la supersticion de los misioneros. «A causa», dice, «de ese fanático celo de los primeros frailes, se perdió *enteramente* toda noticia de los hechos mas remotos expuestos en aquellos toscos monumentos, y no ha quedado ni *un solo* vestigio concerniente á la policia del imperio y las antiguas revoluciones, á excepcion de aquellos que provienen de la tradicion ó de algunos fragmentos de sus pinturas históricas que escaparon de la bárbara inquisicion de Zumárraga. Se ve claramente, por la experiencia de todas las naciones, que la memoria de las cosas pasadas no puede preservarse mucho tiempo ni trasmitirse con fidelidad por la tradicion. Las pinturas mejicanas que se suponen haber servido como de anales de su imperio, son pocas y de significacion ambigua. Y así, en medio de la incertidumbre de los unos y de la oscuridad de los otros, estamos obligados á tomar aquellas noticias que se pudieron recoger de los mezquinos materiales que se encuentran esparcidos en los escritores españoles» (1).

Como el lector acaba de ver, el Sr. Robertson solo presenta inculpaciones para los que cometieron el error, involuntariamente: ni una sola palabra dedica al mérito contraído por ellos, reparando con empeñoso afán el daño. Pero en todo ese párrafo del apreciable historiador escocés que acabo de transcribir, anda desterrada, por falta de datos sin duda, la verdad histórica. Están muy lejos de

(1) Robertson: *Historia de la América*, t. IV, lib. VII.

ser *mezquinos los materiales* que se hallan en los escritores españoles, para que no se pueda recoger muy preciosas y abundantes noticias con que formar una historia importante en que se den á conocer los hechos, los usos, las costumbres y las leyes de los antiguos aztecas, si, como dice acertadamente el sabio historiador mejicano D. Francisco Javier Clavijero, respetado en la república de las letras, «se les consulta con imparcialidad, se sabe hacer la eleccion», y se tiene capacidad «para separar el grano de la paja». Los que con esa buena fé y empeño acudan á esos escritores españoles, hallarán todo lo que el Sr. Robertson, mal informado en este punto, cree les falta; como han encontrado diversos y notables escritores que les han consultado «como es manifiesto», añade el expresado historiador mejicano Sr. Clavijero. Pero no solo en los escritores españoles hubiera encontrado el Sr. Robertson algo mas que *mezquinos materiales* para escribir una obra que diese á conocer, con verdad, todo lo referente á la nacion mejicana, sino que le hubieran suministrado abundantes y preciosos datos para ello las muchas historias y memorias escritas por los mismos indios que florecieron poco despues de la llegada de los españoles; pero de los cuales, como dice el varias veces mencionado historiador Clavijero, «no tuvo noticia el Sr. Robertson». Por lo que hace á las pinturas históricas escapadas de la *bárbara inquisicion* de Zumárraga, no fueron pocas, sino en bastante número, como se puede conocer por la historia escrita por el fraile franciscano español D. Juan de Torquemada, que lleva por título: *Monarquía indiana*, la mas completa respecto de las

antigüedades mejicanas, en que trabajó, despues de aprender la lengua mejicana, mas de veinte años, recogiendo un número considerable de pinturas antiguas y de excelentes manuscritos, no menos que por la muy estimable y bien escrita del distinguido historiador mejicano D. Francisco Javier Clavijero, repetidas veces mencionado por mí, intitulada: *Historia antigua de Méjico*, que se sirvió igualmente de otras muchas pinturas antiguas para escribirla. No está mas exacto el Sr. Robertson al asentar que esas pinturas que se libraron del incendio son de *significacion ambigua*, puesto que los misioneros que aprendieron á descifrarlas de los sabios indios que se habian expresado con esos signos antes de la llegada de los españoles, dejaron la clave para comprenderlos. El instruido Clavijero, rechazando con energía la falsa aseveracion del historiador escocés, dice que solo son de significacion ambigua «para el señor Robertson y para todos aquellos que no entienden los caractéres y figuras de los mejicanos, ni saben el método que tenian para representar las cosas, así como son de significacion ambigua nuestros escritos para aquellos que no han aprendido á leer». Luego añade: «Cuando se hizo por los misioneros el lamentable incendio de las pinturas, vivian muchos historiadores acolhuas, mejicanos, tepanecas, tlaxcaltecas y de otros reinos, los cuales trabajaron para reparar la pérdida de tales monumentos, como en parte lo consiguieron, ó haciendo nuevas pinturas, ó sirviéndose de nuestros caractéres, aprendidos ya por ellos, ó instruyendo de palabra á sus mismos predicadores en sus antigüedades, y así éstos pudieron conservarlas en escri-

tos, como lo hicieron Motolinia, Olmos y Sahagun. *Es, pues, absolutamente falso, continúa diciendo, que se perdiese totalmente toda noticia de los hechos mas remotos. Es falso tambien que no ha quedado ni un solo vestigio concerniente á las antiguas revoluciones y á la policia del imperio, exceptuando aquellos que provenian de la tradicion.»*

Nada dejaron aquellos misioneros por indagar ni de escribir de lo que los libros de escrito-pintura contenian; y si algo poco importante pudo escaparse á su empeñoso afan, «no es la generacion presente», dice el historiador mejicano D. Lucas Alaman, aludiendo á muchos escritores modernos que han seguido á Robertson, «la que tiene el derecho de acusarlos, cuando hemos visto consumir en las coheterías ó vender para envolver drogas en las boticas, no manuscritos con signos no conocidos, sino los archivos muy importantes de muchas oficinas, sin que se haya hecho otro esfuerzo para recogerlos y conservarlos que el establecimiento poco atendido del Archivo general, y el del Museo, para las antigüedades mejicanas, que tampoco ha sido visto con grande empeño» (1).

Que los ingleses destruyeron tambien varias bibliotecas, que les hace mas censurables que á los misioneros españoles. Ni los ingleses son los que debian recurrir á ese hecho para zaherir á los primeros misioneros españoles que pasaron á Méjico, cuando la historia de Inglaterra registra en sus páginas actos de igual naturaleza, aunque menos disculpables para los hijos de la Gran Bretaña, para quienes el paralelo seria desfavorable. No guiados del celo apostólico que animaba á los misioneros

(1) *Disertaciones sobre la Historia de la República mejicana.*

españoles para apartar á los indígenas de los sacrificios humanos, como tengo referido en otra parte de esta obra con las mismas palabras de que voy á valerme ahora (1), sino de sentimientos menos nobles, destruyeron en Inglaterra los ingleses, en su tolerancia luterana, obras notables de literatura y de ciencias. El gobierno de Eduardo VI, hijo de Enrique VIII, no solo confiscaba los bienes de las diversas sectas contrarias á la suya y conducia á la hoguera á los que negaban algo de lo establecido por el protector, duque de Sommerset, en la religion luterana, sino que se llevó la persecucion hasta los libros. Las bibliotecas de Westminster y de Oxford fueron despojadas de todos los libros pertenecientes á otras religiones; pero esas pesquisas dieron márgen á una lamentable devastacion de volúmenes de notable mérito. A la intolerancia de los pesquisadores, se agregaba la codicia; y los primeros libros sobre los cuales se arrojaban con indecible ansiedad, eran los que estaban guarnecidos de oro ó plata, de cuyo metal se apoderaban antes de ocuparse de ver la materia de que trataba la obra. Muchas y preciosas obras de geometría y astronomía fueron tenidas por libros de mágia, y fueron destruidas por los pesquisadores. La Universidad, convencida de que exponer razones para contener el furor reformista, hubiera sido sentenciarse á marchar á la prision y tal vez á la hoguera, contemplaba triste y en silencio la injustificable destruccion de las preciosas obras del ingenio, del saber y del estudio del hombre (2). Si los hombres reformistas que decanta-

(1) Tomo IV, págs. 390 y 391.

(2) Oliverio Goldsmith: *Historia de Inglaterra*, cap. XXV.

ban la libertad del pensamiento, confundieron en 1550 las obras de geometría y de astronomía con los libros de mágia, no debemos sorprendernos de que los primeros misioneros españoles que pasaron á la Nueva España creyeran que las extrañas figuras y signos de la escrito-pintura, de que no habia conocimiento ninguno, contenian los ritos y las imágenes de los dioses á quienes ofrecian los indios los corazones de sus semejantes. El acto de los misioneros reconocia un sentimiento de humanidad, pues tratábase de hacer olvidar á los indígenas su sanguinario culto. Los reformistas ingleses no se veian en el mismo imperioso caso, puesto que en ninguna de las sectas y religiones que existian en Inglaterra se inmolaban seres humanos. Los primeros se apresuraron á reparar el mal, recogiendo todas las noticias que pudieran ilustrar la historia de la América; los segundos no volvieron á ocuparse de reparar lo que habian destruido. Con igual celo trabajaron los demás religiosos que fueron llegando á la Nueva España despues de los primeros doce misioneros franciscanos, siendo muy útiles al progreso de la ilustracion y al estudio de la historia los padres jesuitas que llegaron en 1572, que dieron notable impulso á la enseñanza, alcanzando el aprecio de la sociedad entera.

Encarga Felipe II á todos los sacerdotes que recojan datos para la historia, y los envien al Consejo de Indias. Pero no solo los misioneros se afanaron por reparar el mal que, sin intencion, habian causado quemando las pinturas jeroglíficas, sino que hasta el mismo rey Felipe II, llevado del noble objeto de que se formase una obra completa que diese á conocer todos los hechos referentes á los diversos reinos de Anáhuac, antes de haber

sido agregados á la corona de Castilla, envió el 3 de Junio de 1573 una disposicion que diese por resultado la realizacion de su laudable pensamiento, encargando que los curas y demás ministros del altar que sabian los idiomas indios y conocian las costumbres, usos, historia y ritos de los antiguos habitantes de aquellos países, escribiesen lo que sabian, y enviasen sus trabajos históricos al Consejo, sin omitir nada que encerrase algun interés y fuese digno de conocerse. Como se desprende de estos hechos innegables, las obras de los escritores españoles, lejos de ser *mezquinos materiales*, como asienta el señor Robertson, eran en extremo abundantes y preciosos, y lejos de perderse *totalmente* la noticia de los hechos remotos, por la destruccion de muchas pinturas, el afan por reparar la pérdida involuntaria de éstas fué motivo de que se escribiera cuanto fué posible escribir referente á los países de Anáhuac.

No solamente se ha tratado de negar á los misioneros que fueron pasando á la Nueva España en los primeros tiempos los servicios prestados á la historia, ya que no les era posible negarles el celo evangélico de que estaban animados y la asiduidad con que se entregaron á la enseñanza de los indios, desplegando con éstos un amor verdaderamente paternal, sino que han procurado hacer olvidar los hechos de esos verdaderos ministros del Señor, temiendo inspirar afecto hácia el catolicismo, pintando con desfavorable colorido al clero que mas tarde, cuando estaban ya establecidos los templos y convertidos los indios, tenia á su cargo la direccion del culto. No me detendré á examinar si la vida de algunos de los últimos fué

menos apostólica que la de los primeros; pero sí puedo asegurar que la pluma del Sr. Robertson se ha separado no menos de la verdad, en este punto, que en el relativo al aserto de los *mezquinos materiales*, que dice existen esparcidos para escribir la historia antigua de Anáhuac, como lo manifestaré en otra obra que pienso publicar, dando á conocer todos los errores, inexactitudes y falsas aseveraciones en que han incurrido los diversos escritores que han tratado de censurar y obscurecer aun los hechos

mas honrosos que España tuvo en América. Que el espíritu de desafecto al catolicismo ha guiado la pluma de los escritores que han presentado al clero de la Nueva España, compuesto, desde el siglo xvii, así de españoles como de hijos del país, descendientes de éstos, lo mismo que de la raza mixta, contándose no pocos de la india, se ve en el ataque de algunos de ellos, dirigido directamente á la religion católica, asegurando uno, que son «absurdos los preceptos del catolicismo» (1). He dicho en páginas anteriores que respeto todas las religiones, porque todas tienden á la moral del hombre; y creo que el catolicismo en nada cede en este punto á ninguna de las conocidas. Bastaria á un país entero observar el Decálogo, para que fuese el mas feliz de la tierra: todas las constituciones, todos los sistemas de gobierno serian buenos donde los preceptos de ese Decálogo fuesen observados por los habitantes de una nacion. Asentar que «son absurdos esos preceptos del catolicismo», es calificar de

(1) Pedro Santacilia. *Movimiento literario*.

absurdo el amar á un Hacedor Supremo en quien creen todos los hombres de las diversas religiones; el honrar á los padres que nos han dado la vida, criado y educado; el no matar ni robar; el no quitar la honra á nadie ni calumniarle; el respetar los derechos del hombre casado á su amada compañera, y en fin, el amor á los demás seres humanos, como se ama uno á sí mismo.

Bastaria para enaltecer la excelencia de la doctrina católica, la vida ejemplar de los primeros misioneros, consagrados exclusivamente al bien de los indios, separados de las vanidades y grandezas del mundo, y viviendo para hacer el bien de la clase mas menesterosa. Se ha dicho, equivocadamente, por un escritor demasiado prevenido contra el catolicismo, que esos misioneros se valian de los azotes para hacer que los indios acudiesen al templo, porque «así mandó Hernan Cortés que penetrara en la mente de los naturales la savia redentora del cristianismo». No hay en este aserto ni una sola palabra que esté de acuerdo con la verdad histórica. Consignadas dejo ya en páginas anteriores de este mismo capítulo varias leyes y disposiciones en que se mandaba por los soberanos de Castilla que se atrajese á los indios á la religion católica por medio de la blandura, del amor y de la persuasion cariñosa, por ser éstos los medios mas eficaces al logro de separarles de sus antiguas y sangrientas creencias. No podrá nadie presentar prueba ninguna de que Hernan Cortés mandó que los sacerdotes empleasen los azotes para obligar á los indígenas á que acudiesen al templo cuando se llamaba á misa, ni mucho menos que los virtuosos mi-